

# El Instituto Cultural de México en España: una historia de puertas abiertas

*The Mexican Cultural Institute of Spain:  
A History of Open Doors*

Pablo Raphael

Director del Instituto de México en España  
*praphael@sre.gob.mx*



## **Resumen:**

Este ensayo versa sobre el devenir del Instituto Cultural de México en España y al mismo tiempo es una reflexión sobre el poder transformador de la cultura, no sólo desde lo que significa para la construcción simbólica de un país, sino también como detonador económico, auxiliar en la recomposición del tejido social y pieza central en el ámbito de la cooperación internacional para el desarrollo.



## **Abstract:**

The present essay is about the fate and future of the Mexican Cultural Institute of Spain, and at the same time, reflects on the transformative power of culture, not only from what it means to the symbolic construction of a country, but also as an economical trigger, a required assistant to the recomposition of the social fabric, and key player in the ambit of international cooperation and development.



## **Palabras clave:**

Cultura, artes, cooperación para el desarrollo, transversalidad, potencia cultural, diplomacia cultural, diplomacia pública, México, España.



## **Key Words:**

Culture, arts, cooperation and development, transversality, cultural power, cultural diplomacy, public diplomacy, Mexico, Spain.

# El Instituto Cultural de México en España: una historia de puertas abiertas

*Pablo Raphael*

A la memoria de Luz del Amo;  
al equipo del Instituto de México.

## **Cultura: los instantes decisivos**

Las efemérides representan motivos perfectos para hacer preguntas que sólo tendrán sentido si nos ayudan a trazar con claridad lo que se quiere para el futuro. Si en 1977 México y España recuperaron su pulso diplomático tras un largo silencio de casi cuarenta años, también es verdad que nuestra definición como naciones se desprende de una arraigada historia común, es decir, de una larga conversación que fue capaz de crear aquello que somos. La pluralidad, la riqueza cultural y la identidad de los dos países se ha construido a golpe de encuentros y silencios, de sabores, bienes y productos que se cruzaron en sus rutas marítimas; de libros que llegaron a América, y del conocimiento de la herbolaria que puso a girar la ciencia de la Europa renacentista. La papa y el tomate definieron la dieta mediterránea, el caballo hizo florecer la agricultura de la Nueva España, la plata y el oro americanos enriquecieron al mundo e inventaron la primera globalización, el idioma español creó un continente, la Utopía de Tomás Moro se volvió verdad en las ciudades hospital fundadas por Vasco de Quiroga. Las independencias reclamaron un mundo nuevo y los desencuentros nos forjaron en el fuego. Hemos analizado tanto las cicatrices que nuestra capacidad para entendernos se impuso. Por estas razones y debido a que la civilización contemporánea se encuentra ante la disyuntiva de un nuevo paradigma (globalización *vs.* nacionalpo-

pulismo),<sup>1</sup> la historia de las coincidencias entre españoles y mexicanos merece valorarse por encima de los pasajes dolorosos. La razón es sencilla: la cultura producida en los últimos cinco siglos y el idioma como territorio de alianzas geopolíticas pueden ser garantía de una sociedad del conocimiento capaz de convertirnos en protagonistas de la agenda global que viene.

Afianzar redes de confianza para el progreso a partir del territorio de los idiomas es una de las claves para el desarrollo y la presencia de México en la comunidad de naciones del siglo XXI. Pensar en una identidad formada de culturas e idioma es pensar de forma geoestratégica. En este contexto queda claro que si México y España son incuestionables en algo, eso es su calidad y cualidad de potencias culturales milenarias. Potencias culturales que, por cierto, no pueden entenderse sin el vaso comunicante que las define: los dos países comparten un corazón pluricultural y mestizo que a partir de 1977 apostó por una nueva era.

Lo sucedido el lunes 28 de marzo de 1977 representa un instante decisivo. Ese día marcó el inicio de la etapa más constructiva en la historia de las relaciones bilaterales entre México y España. A partir del momento que los cancilleres Santiago Roel y Marcelino Oreja se encontraron en el Hotel George V de París para intercambiar notas diplomáticas, los puentes tendidos empezaron a cruzarse de forma cotidiana y cada vez más productiva. Hoy no cabe duda decir que el esfuerzo de los dos países se ha traducido en un espejo que ha sido fundamental para el fortalecimiento de su vida democrática, el desarrollo institucional, la innovación empresarial, la cohesión social, el crecimiento económico y la cooperación educativa, científica y cultural.

A la luz del tema propuesto en este artículo vale la pena preguntar: ¿qué papel ha desempeñado la cultura en este esfuerzo? Si vamos más allá de la visión que asocia las relaciones culturales con la promoción de las bellas artes, la respuesta será tan amplia como el tamaño de nuestro principal patrimonio cultural común, es decir, el patrimonio lingüístico que precisamente representa el idioma español. Si su valor está en los 500 millones de personas que lo hablan, eso se vuelve exponencial en términos de sinapsis, comunidades y potencial.

---

<sup>1</sup> Véase Pablo Raphael, *La fábrica del lenguaje* S. A., Barcelona, Anagrama, 2011.

Durante la ruptura con el franquismo, la cultura y el pensamiento en español se convirtieron prácticamente en los únicos puentes de comunicación entre ambas orillas del Atlántico. Los cimientos construidos por Daniel Cosío Villegas, Alfonso Reyes, José Gaos, José Moreno Villa o Adolfo Sánchez Vázquez, entre muchos, mantuvieron o dieron origen a instituciones que fueron fundamentales para la circulación del conocimiento, la creación artística, el intercambio académico, la cooperación científica y la producción editorial. Varias generaciones de españoles se formaron gracias a la circulación clandestina de los libros del Fondo de Cultura Económica (FCE). La lectura en voz baja, los libros encubiertos, las relaciones epistolares cargadas de dobles mensajes y la labor hormiga de los sucesivos editores del FCE dotaron de oxígeno a quienes padecían el exilio interior. En el lado mexicano, ganamos para nuestras instituciones la oportunidad de renovar y fortalecer la vida de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), convertir la Casa de España en la institución de prestigio que es El Colegio de México y fomentar la cultura del asociacionismo gracias a instituciones como el Ateneo Español. Por citar algunos ejemplos, también ganamos las aportaciones de Rafael Altamira al derecho internacional público, las investigaciones de Isaac Costero sobre el desarrollo de la anatomía patológica en México, la enorme influencia que ejerció la arquitectura de Félix Candela o el desarrollo inmobiliario y el mecenazgo a las artes que promovieron empresarios como Manuel Suárez. Los ejemplos son interminables, tantos como los 25 000 refugiados que acogió el gobierno de Lázaro Cárdenas. También sería inevitable pensar en la influencia del cine mexicano de la época de oro y en nombres como Luis Buñuel, Sara Montiel o Agustín Lara. Señas de identidad tan poderosas que aún forman parte de nuestra vida cotidiana.

En esos años definidos por las políticas de la revolución triunfante y el peso de animadores culturales como José Vasconcelos, Diego Rivera y Frida Kahlo, convirtieron a la Ciudad de México en una de las principales metrópolis culturales del mundo. Además del exilio español, la sociedad mexicana se vio influenciada por la presencia del surrealismo, la generación *beatnik*, el expresionismo abstracto estadounidense, el positivismo, el trotskismo, el institucionalismo español y el comunismo. Se trataba de una suma compuesta por el mundo prefigurado por el Ateneo de la Juventud que en plena madurez compartía espacio con los Contem-

poráneos y vislumbraba ya el movimiento de la ruptura que definió la vida cultural de la década de los sesenta, década en la que México inició su papel clave de país receptor en el ámbito de los procesos políticos en Latinoamérica. Esta época coincide con el desarrollo de los “administradores culturales” surgidos en Francia e Inglaterra, y con las estrategias más agresivas del llamado *poder suave* que desarrolló la política exterior estadounidense.

La imagen de México construida en aquellos años fundó un canon cuya potencia todavía forma parte central en la promoción internacional de la cultura mexicana. El éxito del eje Frida-Diego-tequila-mariachi, la reinención de José Guadalupe Posada, la gran cultura popular producida por la radio y el cine, las festividades de muertos y las magnas exposiciones de la cultura prehispánica fueron las principales líneas de trabajo que ayudaron a reforzar el puente entre el Estado mexicano y el público cultural del mundo. Así, entre la década de los sesenta y hasta finales de los años ochenta, la actividad cultural en el exterior se centró más en la promoción cultural que en la cooperación cultural y educativa.

El parteaguas reflexivo que redefinió el pensamiento mexicano, la agenda de la sociedad y la comprensión actual de la cultura sucedió a partir de la organización, en marzo de 1990, del encuentro “La experiencia de la libertad”, organizado por la revista *Vuelta*. Si el pensamiento de Octavio Paz y la influencia de la Generación del Medio Siglo fueron fundamentales para construir un aparato crítico sobre las reglas del juego cultural durante las décadas anteriores, este encuentro y el Coloquio de Invierno, organizado poco tiempo después por el grupo Nexos, ayudaron a la creación de una visión de la cultura que buscaba dejar atrás el nacionalismo revolucionario para abrirse al mundo en un contexto que reclamaba diversificar las relaciones internacionales. “Lo que Paz se proponía era un debate, una honesta confrontación de las utopías generosas con los hechos históricos”.<sup>2</sup> El final de la Guerra Fría y la caída del Muro de Berlín significaban un ajuste de relojes en el tiempo mundial y México se preparaba para adelgazar su aparato público, eliminar el modelo

---

<sup>2</sup> Enrique Krauze, “El debate que no se dio”, *Reforma*, 30 de marzo de 2014, disponible en <http://www.lettraslibres.com/mexico-espana/politica/el-debate-que-no-se-dio> (fecha de consulta: 5 de octubre de 2017).

de sustitución de importaciones y, en consecuencia, abrir sus fronteras. Para Paz, el reto principal estaba en reformar no sólo el modelo de producción, sino a la sociedad, es decir, en abrirse económicamente, pero a partir de una inserción global democrática.

En este contexto, mientras el Consenso de Washington y la globalización que marcaba la pauta de los bloques económicos regionales nos llevaban a definir una alianza estratégica con América del Norte, la necesidad de diversificar la economía obligaba a consolidar las relaciones de México con América Latina y con Europa. Si Estados Unidos representaba el principal socio comercial en términos históricos y de fronteras, España significaba no sólo un aliado estratégico y la puerta de entrada a Europa, sino un socio natural para la construcción de una apuesta de suma de identidades que, a principio de los años noventa, comenzó a prefigurar lo que hoy se conoce como el espacio cultural iberoamericano. Además del Tratado de Libre Comercio con América del Norte, tanto el Tratado General de Cooperación y Amistad firmado con España en 1990 como el diseño conjunto de las cumbres iberoamericanas iniciadas en 1991, se convirtieron en las cartas de navegación con las que, al principio de la década de los noventa, se definió un nuevo rumbo en la estrategia diplomática de México. En ese momento la difusión cultural se integró a los esquemas de la cooperación y la diplomacia pública, como parte de una visión integral que intentaba cumplir aquella máxima de “Más México en el mundo y más mundo en México”.

El compromiso que México y España establecieron en 1990 fue el de fincar una hoja de ruta cultural que permitiera “la protección, restauración y conservación de los patrimonios históricos y culturales [...] [y] la creación de institutos y centros de cooperación cultural de cada país en las capitales o ciudades del otro”. Fue así que la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE) creó el Instituto Cultural de México en España en 1994 (popularmente conocido como Instituto de México) y también fue así que en 2002 el gobierno español inauguró el Centro Cultural de España en México. La diferencia entre estos dos centros estriba en que el gobierno de México cedió el espacio para el centro español, mientras que el Instituto de México se ubicó a final de cuentas en la sede de la embajada en Madrid.

Los antecedentes inmediatos del Instituto de México en España se remontan a un proyecto presentado por el entonces embajador Alfredo Baranda (1987-1989) que consistía en construir un edificio con forma de pirámide y que no fructificó. El 16 de abril de 1991 la SRE presentó un nuevo modelo ante la entonces Secretaría de Programación y Presupuesto (SPP) que pretendía adquirir una nueva residencia para el embajador y adaptar la existente para instalar ahí el Instituto. Ese mismo año, se consideró inviable la propuesta. En 1992 se optó por alquilar un local donde establecer el Instituto Cultural. En febrero de ese año, a convocatoria del entonces director general de Asuntos Culturales, Jorge Alberto Lozoya, se inician las gestiones para crear su patronato, compuesto por 35 personalidades de la iniciativa privada y la cultura de España y México. El patronato estaba presidido por Plácido Arango. Así, el 26 de julio de 1992, en coincidencia con la Segunda Cumbre Iberoamericana, el Instituto de México fue inaugurado por el presidente Carlos Salinas de Gortari en un local alquilado en el Paseo de la Castellana, número 144.

### Primera etapa: calentar motores

La primera etapa de la vida del Instituto de México, dirigido por Víctor Sandoval, sirvió para definir su estructura organizacional, los costos operativos y un programa orientado a “calentar el lugar”.<sup>3</sup> Coincidiendo con la apertura de la Casa de América en 1992, el Instituto encontró un espacio adicional y generoso con el que anualmente gestiona una buena parte de su programa de promoción cultural. Del mismo modo, la apertura del Instituto de México coincidió con la reapertura de la Librería México, hoy Juan Rulfo, del FCE, institución con la que también colabora para organizar gran parte de su programa.

Los actos del quinto centenario del encuentro de dos mundos, el programa inaugural de la Casa de América titulado *México hoy*, la primera exposición de Frida Kahlo en España, la organización de la agenda mexi-

<sup>3</sup> Braulio Peralta, “Abre sus puertas al público el Instituto de México en Madrid, CSG lo inaugurará oficialmente el 25 de julio”, *La Jornada*, 9 de julio de 1992.

cana en la Exposición Universal de Sevilla y la realización de una serie de actividades asociadas a la promoción de los estados de la república fueron el eje articulador de aquella época centrada en la difusión de la identidad mexicana, al mismo tiempo que México y España sumaban esfuerzos para tejer nuevos lazos entre Iberoamérica, a partir de una visión cultural integradora. Veinticinco años después, los 12 programas Iber representan la prueba viva del éxito de las políticas públicas construidas desde la cooperación y la transversalidad.

En palabras de Inocencio Félix Arias Llamas, entonces secretario de Estado de Cooperación Internacional y para Iberoamérica, México tenía el objetivo de presentar “una radiografía que permitiera [además de valorar su peso histórico] [...] descubrir las claves de su modernidad [...] ya que en el presente, en el hoy [es] donde más urge que se encuentren nuestras culturas iberoamericanas”.<sup>4</sup>

El sentido de la cooperación cultural dista de la simple difusión por muchas razones. La historia milenaria como signo distintivo debe aunar un sentido de contemporaneidad que atienda los retos con eficacia institucional. En la experiencia del Instituto de México, esto se refleja en la programación con que inició sus actividades, así como la importancia que la cancillería asignó al pabellón de México en la Exposición Universal de Sevilla, construido por Pedro Ramírez Vázquez.

En términos de gestión, la difusión pasó a cooperación cuando se tomó la decisión de unificar el cargo de encargado de asuntos culturales con el de director del Instituto de México. El resultado de las ocasiones en que los espacios eran ocupados por distintos funcionarios fue el de una compleja duplicación de funciones que producía más conflictos internos que éxitos externos. Durante las siguientes etapas, la cooperación educativa se integró al área de cultura, lo que permitió acercarse a las universidades, mantener un vínculo directo con los estudiantes mexicanos en España y ampliar el espectro de su actividad académica. Del mismo modo, la creación de la Subcomisión Mixta de Cooperación Educativa y Cultural durante aquellos años le dio al Instituto de México un

---

<sup>4</sup> Véase *México hoy*, Madrid, Casa de América, 1992, p. 11. El programa se realizó entre el 16 de septiembre y el 30 de octubre de 1992.

horizonte futuro y una brújula en la cual basar su programa cultural y sus principales líneas de acción diplomática.

## Segunda etapa: memoria histórica

En julio de 1994, antes de que la cancillería de la embajada se trasladara a su nueva sede en Carrera de San Jerónimo 46, el Instituto de México cerró su sede en el Paseo de la Castellana 144 y su personal comenzó a organizar los trabajos de instalación y adaptación de espacios tanto en la embajada como en el Instituto. Luz del Amo, directora mítica del Instituto, fue quien encontró esta sede y la promovió hasta su concreción, bajo la dirección del entonces embajador Rodolfo Echeverría Ruiz. Las instalaciones se abrieron en septiembre de 1994.<sup>5</sup>

En esta nueva etapa, el eje de las actividades se concentró en organizar el archivo, iniciar la creación de una biblioteca pública y orientar la programación hacia la realización de actividades que involucraran a las asociaciones de los descendientes del exilio español en México y a las instituciones afines con que se fundó la relación cultural del siglo XX, principalmente el Ateneo de Madrid y la Residencia de Estudiantes. Esa época se basó en un modelo de promoción vinculado al “derecho de retorno”. Fue la época en que se repuso el busto de Alfonso Reyes en el propio Ateneo y se reivindicó la figura de Lázaro Cárdenas. El Instituto de México se dedicó a editar una serie de cuadernos sobre el pensamiento iberoamericano y se abocó a promover exposiciones de gran calado, como la de José Luis Cuevas en el Museo Reina Sofía. Del mismo modo, se cuentan hitos como la lectura en voz alta que el premio Nobel de literatura, Camilo José Cela, hizo de su poema dedicado a María Sabina.

Esta etapa coincide quizá con el apogeo de la Generación del Medio Siglo. La gestión de Luz del Amo cumplió con creces la tradición de un grupo de promotores culturales formados en el pensamiento y la vida

<sup>5</sup> Teresa Hernández-Vela Borja, *Instituto de México en España: gestor de las relaciones culturales de México en España*, tesina de máster, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2010, p. 36.

literaria, más que en la especialización técnica de la administración pública y el servicio civil de carrera. Por aquellos años, los nombres de Sergio Pitol, Elena Poniatowska, José Emilio Pacheco o Fernando del Paso eran habituales en las actividades de la casa. Años más tarde estos nombres se sumarían a la lista de premios Cervantes, que en la década de los años ochenta ganaron Octavio Paz y Carlos Fuentes. No se trata de un asunto fortuito, sino de la influencia que las letras mexicanas han tenido en España. No sólo con sor Juana y Ruiz de Alarcón, sino también a principios del siglo XX gracias a la diplomacia mexicana, cuando Amado Nervo trabajó en la embajada, igual que sucesivamente sucedió con Efrén Rebolledo, Francisco de Icaza y Alfonso Reyes.

Las afamadas conferencias de Octavio Paz en la Residencia de Estudiantes; la presencia de Carlos Fuentes como el representante más importante de México en la generación del *boom* latinoamericano y su clara influencia en la opinión pública española, principalmente a partir del diario *El País*; el peso de poetas como Tomás Segovia, Hugo Gutiérrez Vega, Jorge Valdés Díaz Vélez o Alejandro Aura; la visión cosmopolita y heterodoxa de los propios José Emilio Pacheco, Sergio Pitol y Fernando del Paso, y la gran cantidad de investigaciones que sobre sus obras se hacen en las universidades españolas representan un signo de salud cultural, y es inevitable reconocer que ese signo de vitalidad también corresponde a intelectuales y artistas que tuvieron una intensa relación profesional con el Servicio Exterior Mexicano. Se trata de una tradición que ha permitido dotar de calidad, redes culturales y visión a la propia cancillería. La conexión de todos ellos con España no sólo es innegable, sino fundamental para entender que la literatura es también una potencia, una forma de pensamiento y una forma de tejer patrias y espacios comunes.

Tras la reconciliación con el Estado español, se sucedió en las siguientes décadas una serie de ejercicios que buscaron agradecer y reconocer la deuda histórica con México. Una vez normalizadas las relaciones políticas, la cultura jugó el papel de medicina para restañar las cicatrices. Además de los premios Cervantes, los reconocimientos a los mexicanos que han recibido el premio Príncipe de Asturias (hoy Princesa de Asturias) son prueba de los renovados lazos entre instituciones,

creadores y servidores públicos. Basta recordar los reconocimientos hechos a la revista *Vuelta*, el FCE, El Colegio de México, la UNAM o al presidente José López Portillo en el área de cooperación internacional para el desarrollo.

### Tercera etapa: Salón México

Hacia el año 2000, la SRE diseñó una estrategia de promoción cultural que buscaba integrar a personas más relacionadas con el ámbito cultural, intelectual y artístico, y que los agregados culturales fueran personajes destacados de la cultura contemporánea de México.<sup>6</sup> Por tal razón, el entonces canciller, Jorge Castañeda, nombró a Gerardo Estrada (exdirector del INBA) como encargado de los asuntos culturales de la cancillería y, a su vez, éste se dio a la tarea de invitar a personalidades como Felipe Ehrenberg, Jorge Volpi, Sylvia Molina, Ignacio Padilla, Hugo Hiriart, Abel Quezada o Alejandro Aura, como encargados de la diplomacia cultural en las principales legaciones del país.

El Instituto de México cumplía en ese entonces apenas ocho años de vida. El giro que Alejandro Aura le dio al espacio del Instituto de México fue conocido popularmente con el nombre de “Salón México”. Sin encargarse de la consejería cultural de la embajada y dedicado exclusivamente a la gestión del Instituto, las principales líneas de trabajo en aquel entonces se concentraron en conectarse con las comunidades de mexicanos y promover en España la cultura popular mexicana. Por otro lado, Aura tuvo el tino de establecer la primera estrategia seria de comunicación institucional. Lo hizo a partir de un acuerdo firmado con el Círculo de Bellas Artes, para transmitir un programa semanal de radio pública llamado *Hora México*.

En los archivos del Instituto aún se guardan los guiones de esos programas, que quedaron como testimonio de aquellos años animados por un estilo que se correspondía con una visión de cercanía con los ciuda-

---

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 27.

danos y que buscaba “desolemnizar” la cultura. Animado por veladas literarias, espectáculos de cabaret, conciertos y obras de teatro, el Salón México se convirtió en una marca distintiva que apostó por la comunidad inmediata, es decir, la integración en la vida de Madrid.

Otro proyecto importante iniciado durante aquellos años (y que aún continúa) fue la donación de bibliotecas a instituciones españolas con el objetivo de crear acervos mexicanos en el territorio español.

A partir de 2004, cuando se amplió el espacio para los servicios consulares de la embajada, la sede del Instituto de México atravesó por una serie de reformas que le permitieron ganar espacio. El director del Instituto, Jorge Valdés Díaz Vélez, pudo convencer a la cancillería de mejorar la capacidad instalada. Así se logró contar con un lugar de atención más amplio para los estudiantes, reorganizar la biblioteca, ampliar la zona de exposiciones y reubicar las oficinas, de modo tal que el espacio público ganase territorio. La cancillería cedió al comprender el crecimiento de la comunidad de mexicanos en España y en aras de subrayar la importancia que tenía dignificar un espacio institucional, cuya razón de existir se centra en comprender lo que este país representa para los mexicanos, tanto como hermano cultural, como palestra para Europa y América Latina.

Esas razones no están lejos del presente. Si en 1977 el flujo de actividades culturales se remitía a las gestadas por el FCE, hoy día la potencia de la actividad cultural es tal que la labor del Instituto debe concentrarse, principalmente, en ser un facilitador, una brújula y un potenciador de proyectos a los que se suma o alienta. La diplomacia cultural del siglo XXI sólo tendrá sentido si entendemos que construir un canon resulta obsoleto en un esquema tan dinámico y voraz como el de la cultura en tiempos de la sociedad global. Más allá del Instituto de México en España, la sobrevivencia de este tipo de centros estará en hacerlos funcionar como *hubs*, observatorios y constructores de los planos que faciliten la comprensión del universo cultural con que México se proyecta al mundo. Ideas preconcebidas como la “necesidad” de construir un nuevo canon serán fácilmente rebasadas. Detenerse en ese modelo sería una clausura.

## Cuarta etapa: nueva comprensión del espacio, proyectos macro y transversalidad

La fortaleza del Instituto de México en España radica en tres ejes: primero, en contar con un espacio propio que le permite funcionar como escenario para su programación y como sala de actos de las distintas dependencias gubernamentales adscritas al techo único de la embajada, pero también como espacio abierto para la red de talentos y las agrupaciones de mexicanos que hay en España. Del mismo modo, la sede es un lugar de comunicación donde se organizan infinidad de conferencias de prensa para los gobiernos de los estados y los artistas y creadores mexicanos que así lo solicitan. Sin embargo, la sede del Instituto nunca resultará suficiente si no entendemos que la diplomacia cultural debe tender a la proximidad con todas las comunidades del país de acogida. En palabras de Jaime del Arenal Fenochio, director del Instituto entre 2007 y 2013, el Instituto Cultural de México está obligado a emprender una larga tarea de promoción cultural en todos los territorios de España. La embajada no termina en Barajas y la relación de México con España está abierta al hermanamiento con alcaldías, la relación permanente con las instituciones culturales de todo el país, los gobiernos de las autonomías y las asociaciones de mexicanos en el resto de España. En este sentido, la colaboración con el consulado de Barcelona y la red de los consulados honorarios ha sido fundamental para fortalecer la agenda cultural. Sin los cónsules honorarios sería impensable actuar localmente o prestar atención a todas las demandas y peticiones que llegan a las puertas de la Embajada y su Instituto.

En segundo lugar, la fortaleza institucional se debe a la capacidad que el Instituto de México ha tenido para gestar, apoyar o participar en proyectos macro como el año de México en ARCO (2005), el año de México en el festival La Mar de Músicas (2007), el festival México, D. F. (2007), la Expo del Agua (2008), el bicentenario de la independencia de México (2010), el centenario de Octavio Paz (2014), la magna exposición Itinerario de Hernán Cortés en el Canal de Isabel II (2014), PothoEspaña (2015), las exposiciones de Mathias Goeritz y Ulises Carrión en el Museo Reina Sofía (2015 y 2016, respectivamente), el festival México se escribe con equis (2016) o las celebraciones del cuadragésimo aniversario del establecimiento de relaciones diplomáticas (2017). Focalizar la atención en eventos que fortalezcan

la “marca país” y definan los muchos México cotidianos que existen por encima de la distintas crisis que afectan al Estado, sólo es posible si con planificación se ejecutan tiros de precisión, en vez de tiros de escopeta. La memoria se construye con gestos significativos, no con esquirlas y polvo.

En tercer lugar, frente a la necesidad de construir políticas culturales que sumen y sean capaces de superar la crisis económica, el Instituto de México ha tendido a organizarse a partir de proyectos colaborativos con instituciones públicas y privadas. La transversalidad representa un mecanismo que, en el marco de la diplomacia cultural, además de reducir costos, ayuda a construir una cultura de la cooperación capaz de integrar a las instituciones en el diseño de estrategias comunes que, a su vez, permitan consolidar públicos de consumo cultural más amplios y de calidad. Basta mencionar el llamado Laboratorio Cultural México España que cada año reflexiona sobre el devenir de las industrias culturales y la cooperación.

## Hacia un nuevo modelo de cooperación

Los años 2014 y 2015 significaron una renovación de la relación bilateral. Bajo el paraguas del Plan de Acción para la Profundización de la Asociación Estratégica entre México y España, que se definió con visitas recíprocas de Estado, pero también gracias a las estrategias tendidas en la XII Reunión Bilateral y al Memorándum de 2004 firmado entre la UNAM y el Instituto Cervantes, ha sido posible trazar una serie de rutas para la cooperación cultural, que irán rindiendo frutos durante los siguientes años. En tales documentos se entiende al idioma y a la cooperación cultural como dos ejes de política común que reconocen el enorme potencial que tiene la relación entre ambas naciones. En ese sentido, está en proceso de concreción el Servicio Internacional para la Evaluación de la Lengua Española (SIELE), que irá asentándose como el TOEFL del español. Del mismo modo continúa en revisión el proyecto de un memorándum de entendimiento replanteado en la XII Reunión Binacional, que permitirá realizar acciones de cooperación cultural conjunta con diversas ciudades de Estados Unidos, Asia y África, aprovechando las redes consulares y centros culturales de ambos países.

El futuro de los institutos culturales de México en el exterior, en particular del que está ubicado en Madrid, depende de su propio valor añadido como agente cultural. En palabras de Leonardo Curzio:

El poder blando [...] tiene [en la cultura uno de sus activos principales] para transformar preferencias y crear escenarios para la consecución de los objetivos. [...] [Aquí hay que entender que] no nos referimos sólo a la gran cultura o al legado histórico (que ayuda mucho), sino a todas las expresiones de lo que antropológicamente se llama *cultura*, desde la cocina hasta el entretenimiento. Mientras mayor vocación de universalidad tengan las expresiones culturales de un país, más probable será que se conviertan en recursos de poder si se proyectan adecuadamente en el escenario regional o global en el que se pretende influir.<sup>7</sup>

## Conclusiones

En materia de políticas públicas para la cultura, podría decirse que México y España tienen mucho que aprender el uno del otro. Los mexicanos tenemos en el Instituto Cervantes y en Acción Cultural Española (AC/E) un modelo de dos brazos (cultura e idioma) que les ha permitido un sólido posicionamiento en el mundo. Al mismo tiempo, el modelo de políticas culturales que México ejecuta en el interior del país resulta muy atractivo para los agentes culturales de España. Programas como los que se llevan a cabo a partir del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (Fonca) en apoyo a la creación artística (becas, coinversiones, residencias artísticas y retribución social), la creación de la llamada Ley 189 que ha permitido cuadruplicar la producción cinematográfica en muy pocos años o la enorme tarea editorial ejecutada por el FCE y Educal significan verdaderos ejemplos de cómo la cultura resulta clave para construir identidades, detonar el crecimiento económico y recomponer el tejido social.

<sup>7</sup> Leonardo Curzio, *Orgullo y prejuicios. Percepción e imagen de México en el Exterior* (versión Kindle), México, Cisan-UNAM/Miguel Ángel Porrúa, 2016, pos. 530.

Los dos países aún tienen mucho por aportarse en viajes de ida y vuelta. Para México, queda en el horizonte terminar de mudar el modelo de la difusión a la cooperación, evitar el desmantelamiento de entidades que significan una aportación al desarrollo cultural, continuar aprovechando la infraestructura del FCE para convertir sus librerías en verdaderas ágoras de la cultura, consolidar la escalera de institutos culturales de México en el exterior y fomentar y madurar en el seno de nuestra sociedad la cultura de la cooperación público-privada, bajo un marco que despierte la conciencia del poder cultural y su capacidad transformadora.

En el mismo sentido, es probable que para México e Iberoamérica, la misión principal en materia de cooperación sea la de incluir la cultura dentro de la Agenda 2030 de las Naciones Unidas. Hacerlo sería reconocer nuestra calidad de potencias culturales como campo fértil para el desarrollo de sociedades del conocimiento, aprovechando nuestro idioma y patrimonio histórico y artístico como parte central para el desarrollo.

La cultura es el alma de la dimensión simbólica con que el resto del mundo entiende a un país. Si en México somos capaces de aportar oxígeno, innovación e ideas sólidas al presente, resolveremos la mitad de la ecuación.

Ya decía Carlo Levi que el futuro tiene un corazón antiguo.